

MARY LUZ ESTUPIÑÁN. *Simplemente Clarice*. Santiago: Editorial Mimesis, 2022, 156 páginas.

Escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo
Roland Barthes

Simplemente Clarice, la del nacimiento doble (en Chechelnik y en la lengua portuguesa de su Brasil), la de la escritura para bendecir una vida que no fue bendecida. La que se declaraba no lectora ni erudita, no escritora, no intelectual, distanciada de las influencias europeas que críticos y periodistas le endilgaran. Aficionada que escribe con la punta de los dedos, desde dentro hacia afuera, alterando el lugar patriarcal de la escritura o de lo literario, para profanarlo y restituirlo hacia lo común, hacia eso vivo a lo que solo entramos por la puerta de al lado, de manera oblicua. *Simplemente Clarice*, el libro que nos regala Mary Luz Estupiñán, entra en el tejido oblicuo de las letras clariceanas para mostrarnos que esa simplicidad no se alcanza de manera inmediata ni directa. Laborioso es el trabajo de dar cuenta de esa simplicidad y de lo que se juega en ella. Hace falta una profundidad que no se logra con las disecciones del escarpelo del crítico, sino mediante el gesto abierto y receptivo. Se trata de hacer vibrar las resonancias de esa escritura para devolvernos hacia una superficie que ha sido recubierta por tradiciones, por lugares de poder masculino letrado, por estabilizaciones que han intentado fijar y regular lo que literatura puede/debe realizar. Como podemos adivinar (y adivinar sería más preciso que colegir en este caso), escribir sobre Clarice no es tarea fácil. Resguardar esa escritura que mueve, remueve y arropa, precisa de un respeto y una solicitud capaz de seguir sus oscilaciones “con la delicadeza de una mariposa blanca” (*A hora da estrela*). Dedos que tocan con cuidado, oídos distraídos que reciben.

El libro de Mary Luz Estupiñán quiere alojarse en la escritura clariceana con delicadeza, palpando sus intersticios para que eso vivo –humano y no humano– que anida en ella pueda florecer. Que el capítulo de entrada sea el de “Vidas”, no es casual. Pero la entrada que propone no es biográfica, sino lateral. El capítulo abre con una autosemblanza, firmada por Clarice Lispector en Viña del Mar el 10 de diciembre del 2020. En esta autosemblanza, es Mary Luz Estupiñán quien toma la máscara clariceana para poner en escena el juego de alteraciones que se despliega en su escritura. Toma la voz de esa otra, de Clarice, no para hablar por ella, sino con ella, es decir, para reconstruir las texturas de sus máscaras mediante un gesto que escenifica el deseo por resguardar su singularidad. Es una operación que da nacimiento al libro desde la aventura de un encuentro: por un momento, las voces de Mary Luz y de Clarice aparecen *como si* fueran una sola, intercambian ritmos y respiraciones, se entrelazan en complicidad. A medida que leemos, comprobamos que el entramado del libro no consiste tanto en ordenar, sino en desenredar una madeja cuyos nudos, al ser abiertos y reanudados, van desalojando las capas que han recubierto la obra de Clarice. En este primer capítulo

sobre biografías (la de Teresa Montero, la de Nadia Battella, la de Benjamin Moser y la que teje y desteje la propia Clarice en crónicas y entrevistas), Estupiñán propone el ejercicio de auscultar qué significa escribir sobre la vida de una escritora, pero también sobre la vida que se encarna en una escritura. Así, este libro quiere remover un primer estrato, donde hablar de esa vida y sus grafías no significa revelar lo oculto, sino leer “la tensión, la pugna, pero sobre todo la complicación que se aloja entre una y otra grafía de vida” (Estupiñán 40).

Los siguientes capítulos, como el primero, dan cuenta de diferentes puntos de entrada que persiguen un mismo fin: deshacer las capas que han fijado el sentido de la obra de Clarice y de su figura como escritora, para restaurar el movimiento escritural en su sentido más vivo. Así, al capítulo “Vidas” le sigue “Máscaras”, luego “Alteraciones” seguido de “Oblicuidad”, para cerrar con “Máquinas”. Cada una de estas entradas desea liberar y a la vez ejecutar un movimiento. “Alteraciones” funciona como un capítulo núcleo, es el más adentro del adentro de la literatura clariceana, un adentro que habla de volverse otra, o una “otra de la otra”. “Vidas” y “Máscaras”, conducen a “Alteraciones” para que ese capítulo núcleo reverbera, así como también los dos últimos capítulos, “Oblicuidad” y “Máquinas”, son dos puntos de entrada que complejizan esas “Alteraciones” y leen sus reverses en las crónicas de *Lispector* y en las figuraciones de la máquina de escribir. Estupiñán nos permite comprender cómo las máscaras de Clarice desmienten el sentido tradicional de encubrimiento. En la literatura clariceana las máscaras son una estrategia construida para darse a través de una de las muchas formas de alteración que la autora practica y performa. La alteración aquí es entendida no como un cambio o una mutación, sino como un movimiento de extrañamiento que es una forma de donarse y a la vez una pérdida, un vaciamiento, una dislocación, una cierta ausencia. La autora propone una posible entrada (entre muchas) para comprender estas alteraciones al indagar en las criadas y empleadas que aparecen en diferentes crónicas, cuentos y novelas. La insistencia de Clarice en estas figuras puede entenderse como un modo de desplegar ese deseo de ser la otra de la otra: “Yo antes quería ser los otros, para conocer lo que no era yo. Entonces entendí que yo ya había sido los otros y que eso era fácil. Mi experiencia más grande sería ser el otro de los otros: el otro de los otros soy yo” (*Lispector* en Estupiñán 70).

Cuando Clarice pone en escena a estas figuras de criadas y empleadas; a Aparecida, Eremita, Janair y Macabea; confrontadas con personajes que inicialmente marcan una distancia respecto de ellas (G. H., Rodrigo S. M., la propia Clarice), asistimos a un proceso de alteraciones, nos dice Estupiñán, que abre la construcción de una mirada nueva, nacida de una perturbación que es ejecutada por la propia escritura para adentrarse en la intimidad de lo otro. Esa intimidad desestabilizadora sería aquello común que se abre cuando se abandona la posición propia y se da lugar al reconocimiento de un ámbito que es impersonal. Es una destitución de la forma humana que la protagonista de *La Pasión según G. H.* vive como un desmoranamiento: en ese deshacerse (que es una remoción de capas), G. H. se despoja para dar lugar a eso que no es yo: es lo inhumano, la parte “cosa” de la gente. Estupiñán nos dice: “ni la empleada es la empleada, ni la cucaracha es la cucaracha. De ahí que haya nombres que llevan a otros nombres (G. H., Eremita, Janair, Macabea). Son, en verdad, posiciones, que le permiten a la escritora buscar,

explorar la red de relaciones que habilitarían una coexistencia (humana e inhumana) de seres” (99). Quiero decir que la lectura de este capítulo me fascinó como casi ningún otro texto sobre Clarice me había fascinado, al menos desde las lecturas iniciáticas de Hélène Cixous. El modo en que la autora recorre y recoge las figuras de las criadas y las empleadas, dibuja un mapa complejo cuyas reverberaciones potencian y vivifican algo así como el núcleo más íntimo de una literatura cuya peculiaridad es difícil de dar a comprender sin transformarla en una cosa inerte.

Este libro, más que ofrecernos respuestas, instala preguntas que están presentes en la obra de Clarice Lispector, pero que la exceden. Son preguntas que nos interpelan. Este libro me ha llevado a preguntarme ¿cómo deshacer el convencionalismo de una reseña? ¿qué queremos decir cuando hablamos de reseñar un libro? Seguimos los rituales que acompañan la aparición de un objeto, rituales a veces mecánicos. Una cosa de papel y tinta que entra en circulación como mercancía. Un objeto que se cita, que se estudia y reseña, que se discute para refutar, que se cataloga por título, autor o materia. Pero un libro también tiene otros modos de existencia. Estupiñán se refiere a la estrategia de Clarice para elaborar sus atípicas crónicas como a una escritura desde la oblicuidad:

la oblicuidad aquí implica un movimiento doble: escribir es escribir sobre los efectos que las cosas y los hechos causan a nivel personal. Este modo de escribir revela, a su vez, lo que se siente por la vida. La oblicuidad también es un tono dado por Joaquim Maria Machado de Assis a sus escrituras menores y no tan menores. Es lo que permite, tanto a Clarice como a Machado, entrar por una puerta lateral, para no escribir directamente sobre los hechos y, así, de paso, tomar distancia de los registros dominantes en cada época. (107)

Estupiñán propone lo oblicuo como clave para comprender esas crónicas que no son crónicas (aunque lo son). Me pregunto entonces por los efectos de este libro. Para mí, es un objeto que he rayado y manoseado, compañero en los tiempos muertos (y por él vivificados). He leído sus líneas en voz alta por placer, he conversado con él murmurando, hablando a nadie o a alguien, deteniéndome con la mirada perdida para pensar o simplemente respirar en el ritmo que esta lectura me ha propuesto. Hay toda una vida interior y exterior que el objeto libro acompaña y lanza al movimiento o a la quietud. He comentado mi lectura con Macarena Mallea en nuestros viajes al trabajo. A solas con mi perra a veces comento lo leído. Este libro de seguro tiene pelos de perro.

Entonces, ¿qué significa reseñar un libro?, ¿qué significa dar nacimiento a este objeto? Significa, leo aquí con la autora y con Clarice, arrojarlo a una deriva de movimientos vivos, de contactos entre letras, afectos, objetos, la sensación del lápiz anotando. Late también una amistad real (con Mary Luz Estupiñán) y otra imaginaria (con Clarice). Se aloja en este libro la posibilidad de abrir eso vivo de Clarice que se dibuja en un desasirse para restituir un común. Un común que es profanación y asomo de un estado de gracia. Entrar académicamente en este libro, que tiene voluntad de ensayo y que recorre las derivas de la literatura pensante de Clarice con la punta de los dedos, sería un error. La verdad, como nos dice Edgar Allan Poe “no está siempre dentro de un pozo”:

Si se observa una estrella de una ojeada, *oblicuamente*, volviendo hacia ella la porción exterior de la retina [...], se verá la estrella con claridad y se apreciará plenamente su brillo, el cual se empañá apenas la contemplamos de lleno. [...]. Por causa de una indebida profundidad confundimos y debilitamos el pensamiento, y Venus misma puede llegar a borrarse del firmamento si la escrutamos de manera demasiado sostenida. (Poe, “Los crímenes de la rue Morgue”)

En Clarice, nos explica Estupiñán, se teje una escritura cuya singularización radica, curiosamente, en un gesto de vaciamiento. Singularizarse o vaciarse, son dos caras de una dialéctica que no podemos enunciar y que solo es nominada como estado de gracia. Un no saber que es saber o saberse sin esfuerzo. Es cuerpo, don, dádiva, experimentado en el existir material. Y este mismo libro podría borrarse, como una estrella, si lo escrutamos de manera demasiado directa.

Errázuriz-Cruz, Rebeca
Universidad Adolfo Ibáñez, Centro de Estudios Americanos
rebelais@gmail.com
ORCID: 0000-0002-0231-3671